

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL MATRIMONIO.

CARTAS

DE UN SOLTERÓN A UN NOVIO Y VICE-VERSA, SOBRE EL TECNICISMO MATRIMONIAL, COLECCIONADAS POR UN INDIVIDUO DE AQUELLA RESPETABLE CLASE PRIMERA.

IV.

Antonio contestó á Pepe de esta manera:

QUERIDO PEPE.

Los preparativos de mi boda me impiden contestar á tu carta con la detención que quisiera, más por la gravedad del asunto que por la fuerza de tus razonamientos.

Redúcense, en sustancia, á símiles afirmaciones y equívocos. Las afirmaciones nunca son razones; los símiles seducen, pero no convencen. Nada más fácil que encontrar semejanza entre las cosas y sacar absurdas consecuencias después; así puede hacerse observar que el matrimonio tiene dos emes y la muerte una sola para deducir que es un mal peor dos veces que la muerte; así puede decirse que el soltero es como el carbón, que hasta que no es útil mancha, y por el estilo pueden hilvanarse una porción de comparaciones extravagantes ó de incongruencias ingeniosas.

En idéntico caso se encuentran los equívocos; son graciosos algunos, todos son chistes cuya fugaz impresión se asemeja á la de los fuegos artificiales. Un célebre escritor francés ha dicho que los retruécanos son los desperdicios del ingenio, y traduzco débilmente la palabra *fiotto* que empleó en obsequio á tus narices. ¿Sabes quién calificó de tal modo esos juegos de palabras, en que te complaces? Pues fué Víctor Hugo, precisamente uno de los autores que citas en tu carta, con otros, que si han escrito perrerías contra el matrimonio, también escribieron lindezas en su defensa.

No te escandalices; respeto á tus autores, les concedo todo el saber que quieras; pero con un agudo publicista, digo que tener talento es admirable, porque permite decir grandes tonterías de vez en cuando, que es una traducción libre de aquello de *aliquando bonus dormitat Homerus.*

Esos buenos autores han declamado mucho contra el matrimonio, y luego han entrado mansamente en la cofradía de los casados, pues suele acontecer que los perros ladradores no son los más fieros, y no lo digo por tí, valentísimo defensor de la autonomía individual, á quien ni por asomo supongo con ánimo de roer el hueso de la cuestión, á pesar de que...

De una costilla de Adán Hizo Dios á la mujer, Por eso tienen los hombres Ese hueso que roer.

Tú objetarás, con la entereza que te distingue, que á otro perro con ese hueso, y lo paso por alto hasta el punto de creer que no eres de esos que hablan mal de las cosas que más desean, ni de aquellos que exageran para ocultar mejor sus sentimientos.

De los primeros hay tantos, que un refrán castellano que sirvió de tema á don Ramón de la Cruz para un sainete, nos advierte que «quién habla mal de la pera ese la lleva», y claro está que si los refranes son sentencias llenas de sabiduría, no puedes negarme, recalitrante solterón, que hablar mal de algo no implica su aborrecimiento.

Las mujeres feas reniegan de la belleza física y ponderan la moral, cuando gastan un dineral en parecer bonitas y consiste la virtud de que se jactan en que nadie se atrevió á enamorarlas. Los pobres maldicen las riquezas y en-

salzan las ventajas de no tener cuidados, cuando ponen sus esperanzas en un décimo de la lotería y hacen castillos en el aire á costa de sus deseos de mejorar de fortuna; y los viejos con igual hipocresía critican los excesos de la juventud y alaban la prudencia de la ancianidad, cuando darían un ojo de la cara por encontrarse en la feliz edad de hacer locuras.

Las declamaciones de toda esta pobre gente no probarán más que su despecho: nunca demostrarán que la belleza es un defecto, que la riqueza es un daño, y que la juventud es un perjuicio. Aplica el cuento á muchos que hablan picardías del matrimonio, y vendremos á parar en que la echan de malos por no haber acertado á ser buenos. Cuestión de descontento individual, que no convencerá á nadie que el matrimonio no es un estado de perfecta bondad, como que es el medio de que el hombre se vale para librarse de las cadenas del libertinaje, á fin de entrar sin esposas ó *desposado* en la santidad del hogar.

Mira atento lo que pasa á tu alrededor, y verás que ninguno aborrece en principio el matrimonio ni discute el estado social que más le conviene. En la generalidad de los casamientos hay una parte providencial, lo cual expresa muy bien el pueblo diciendo: «casamiento y mortaja del cielo bajan.»

No habrá un hombre en el mundo que haya dejado de casarse convencido de la fuerza de los razonamientos más ó menos burlescos de los enemigos del matrimonio, que loco sería quien entregará á la controversia la decisión de sus afectos.

Nó; la causa de haber solterones es una consecuencia de otras fatales circunstancias. Unos hombres no se casan porque ávidos de placeres no advierten que los años pasan veloces, y tarde se acuerdan de que ya son viejos; otros permanecen solteros porque la timidez de su genio les hace recelosos y no se aventuran á exponer su vanidad á un fracaso; algunos, por el contrario, satisfechos de sí mismos, esperan su suerte de un casamiento, pero como las ricas herederas no abundan, se afanan en buscarlas hasta que el espejo destruyó sus ilusiones; otros hay que huyen del trato social por hábito ó misantropía, y estos tampoco llegan á casarse, porque el trato es el que enjendra el cariño, el cariño el amor, y el amor el matrimonio; finalmente, existen hombres que contraen relaciones que no pueden ó no saben romper, y de tal compromiso son, que les alejan cada día más del matrimonio, aunque desearían contraerle, pues no se les oculta que hacen la vida de casados con todos sus inconvenientes y ninguna de sus muchas ventajas.

Toda esta cáfila de solterones es el núcleo de los enemigos del matrimonio; ellos son los que se burlan de los casados; ellos son los que no van al mar por falta de arrojo, y ellos son los que afirman que una *reclamación*, infausto hecho, se debe anteponer á una *proclamación*, suceso siempre glorioso; pero como obran, y peroran á impulso del despecho, sus declamaciones no persuaden y abundan en ridículo cuando se ve que esos pobres diablos acaban por casarse mal por no haber querido cambiar de estado oportunamente.

Sírvate el ejemplo de sana enseñanza, prudente consejo que te doy en cambio de los que prodigas, deseando por tu bien que no lo echés en saco roto. Seguro estoy que habrías de hallarte muy ricamente con una mujercita al lado. Si ahora desoyes mis advertencias, algún día te pesará, no lo dudas, porque las cosas se caen del lado á que se inclinan, y dígame cuanto se quiera contra el matrimonio, es indiscutible que todos los hijos de Adán nos inclinamos á las hijas de Eva.

Afortunadamente para mí, tu contin-

dente catilinaría no ha hecho mella en mis convicciones, ya lo ves. Si no tienes otras sólidas razones, gastas el tiempo, el papel y la tinta inútilmente, bien que hartos tienes que aguzar el ingenio para que tus argumentos no los pulverice una sonrisa de mi futura esposa.

¡Tiene una boquita preciosísima! Y es irrefutable la elocuencia de una sarta de perlas encerrada en un capullito de rosas.

Leí tus cartas á mi novia y á su hermana, que como sabes son dos andaluzas que más hermosas no hay otras en esta tierra de promisión, y se rieron de tus disparates. Te agradezco el buen rato que nos hiciste pasar, y en compensación te diré que Carmencita, la que va á ser pronto mi cuñada, exclamó al oír la lectura de tu última carta:

—Las exageraciones nunca son la verdad y las más de las veces son señales de una excesiva candidez.

No merecías, mal hombre, que te disculpara una niña tan bonita y menos que te convidé yo á mi boda; pero no soy rencoroso y ya te avisaré el día de su enlace tu buen amigo

ANTONIO.

Esta carta consternó á Pepe más que la anterior de su amigo. Comprendió que la ceguera de Antonio degeneraba en locura, y recordando á Ovidio dijo: *Inde genus durumsumus, experientisque laborum.* Duros y rebeldes nacimos, en verdad, la experiencia lo acredita.

Por la copia

F. NEAPOLIS.

(Se continuará.)

EL CRIMEN A LA ALTURA

DE UNA INSTITUCIÓN.

PARIS 5 DE FEBRERO.

Tan solo en las poderosas y bien organizadas sociedades modernas pueden cometerse los crímenes con la correspondiente regularidad y la debida elegancia.

El año de gracia de 1886 ha empezado dando ópinos frutos en la materia. Durante su primera semana la periodicidad de estas sangrientas manifestaciones hubiera podido atribuirse á mera casualidad, pero pasado este plazo moral—inmoral sería mejor llamarle—y reflexionando un poco, llega uno á preguntarse si no se encuentra en presencia de una perfecta «Asociación cooperativa de manzana y degüello» algo así como «Sociedad protectora del mal» (capital desconocido y responsabilidad limitada.)

La unión constituye la fuerza, dicen los rubios hijos de la rubia Albión, que me parecen ser caballeros expertos en la materia. Lo mismo digo yo al pretender averiguar de qué modo los malhechores de oficio ó beneficio han podido regularizar la marcha normal en el ejercicio de sus funciones al propio tiempo que la completa impunidad para sus interesantísimas personas.

No me atrevo á asegurar, porque mi aserción sería quizás algo prematura y parecería á ustedes un tanto exagerada, que tengo ya en mis manos la trama de esta colectividad tan poderosa como desagradable en sus relaciones con la moderna civilización, pero sí que la colectividad existe y funciona.

El crimen ha llegado á la altura de una institución.

No funciona aún, verdad es, sinó embrionariamente y á salto de mata, pero las grandes instituciones necesitan algún tiempo para adquirir todo su desarrollo. Para empezar, bástales tener por principio una idea luminosa que ofrezca ancho campo á la inteligencia humana y estar cimentadas sobre sólidas bases sociales.

Sobre un terreno tan fértil el poder de la iniciativa privada no tiene límites, y con un poco de paciencia no hemos de tardar en ver operarse una transformación lenta pero progresiva é inevitable en las relaciones que existen entre los caballeros asesinos y ladrones y su malandante parroquia.

Y no hay que echarlo á broma, nó señor: hablo muy seriamente y pretendo dar á ustedes indicaciones precisas y de buena tinta.

Una notable mejoría va sin duda alguna á dejarse ver pronto en la vida y suerte de los que roban y de los que son robados, gracias, nó á la policía, sinó á un nuevo, racional y recípro-

co convenio, tácito ó expreso, que establecerá con perfecto órden los derechos y deberes que á cada cual incumben.

Ya me parece estar oyendo decir á ustedes... ¡Vaya con qué cuentos se nos viene el parisiense!

Sepan ustedes que no es cuento ni elucubración de mi apocado ingenio. Este sistema de buena armonía y de excelente administración existe y funciona admirablemente allende los mares. En esa gigantesca América del Norte existen asociaciones de *pick pockets* que tienen por misión el devolver á su legítimo dueño, y mediante la debida y razonable recompensa, los objetos sustraídos. Más aún, los filibusteros yankees han fundado sociedades de seguros contra el robo y el timo, y basta firmar la correspondiente póliza y pagar la cuota anual para poder vivir tranquilo y dormir á pierna suelta al abrigo de toda visita inesperada é inoportuna.

En Europa nos asustamos de todo porque vivimos muy atrasados; pero el progreso, que todo lo invade é ilumina, no reconoce vallas, y ya nos llegará.

Aquende el Pirineo, y desde que la policía francesa abandona la pista de los criminales para *hacer política*, ya vamos entrando por el aro.

Y á ustedes, que se rien, ya les llegará también su San Martín.

¡Vaya si les llegará!

El progreso moderno es sutil y pegajoso, y cuando uno menos se piensa se entra de rondón en casa.

Con que ya están ustedes prevenidos.....

*Ouvrez l'oeil et le bon!*....

PIO SILBEN.

DIA DE MUDA.

—¿Es aquí donde se necesita una muchacha para la cocina?

—Sí, adelante... ¿De dónde es usted?

—Yo, de la aldea, señora.

—Y ¿dónde ha servido?

—Pues primeramente en mi pueblo, pero ya vá pá dos años que estoy en Santander.

—¿En casa de quién ha estado usted?

—Pues he estado onde un señor que está empleado en eso de... amos, que es de esos que no dejan pasar á las mujeres de los pueblos sin pagar...

—¿Ah! ¿en consumos?

—Eso mismo... Usted le conocerá: es primo de uno que viene por los veranos con una hija... amos, á bañarse, como aquel que dice: que el su sobrino estudia pá boticario.

—Las señas son mortales.

—Os hija, pues el su hijo bien los conoce, que bien acompañaba á la mi señorita...

—Usted, por supuesto, sabrá poco de cocina.

—Pues tocante á eso, por decir mucho, así mucho, no sé mucho; pero sin faltar á naide, quiere decirse que pá arrimar un puchero á la lumbre...

—Bien, pero usted comprenderá que eso no basta en mi casa. ¿No sabe usted ningún principió?

—Si señora, también sé algo. No digamos que una cosa de lujo; pero lo que sea en cuestión de un misté ó un guisao con patatas... También les gustaba mucho á los mis señores la sangre frita...

—No, hija, no: bastante me la frío yo lidiando con ustedes.

—Quiere decirse que si no, yo aprendería el gusto de la casa...

—No, no me sirve usted. Aquí somos muy delicados para comer, y particularmente al señor, hay que variarlo mucho las comidas.

—Vaya, pues usted perdone... Tocante á eso, no hay ofensa para naide... Ahí se queda con Diós.

—Vaya usted con él.

—Y usted ¿es cocinera?

—Yo, señora, para lo que convenga: también sé algo de cocina.

—¿Dónde ha servido usted?

—Yo he servido dos años en Madrid en casa de un marqués.

—Y ¿de qué estaba usted?

—De segunda doncella... Pero luego los señores levantaron la casa, y me vine aquí... Yo pensaba haberme quedado en Madrid ¿sabe usted? porque estaba ya para casarme cuan-

do se marcharon los señores, pero mi papá no era gustoso de la boda...

—Bueno; pero yo necesito saber en qué casa ha estado usted aquí, para pedir informes.

—Pues he estado dos meses en casa del señor de García, que usted le conocerá, que se fueron á Filipinas, porque le emplearon allí los conservadores...

—Ya lo creo que le conozco, y á su señora también; pero si se fueron á Filipinas no hacemos nada.

—También he servido donde las señoras de Fernández.

—Ah, bueno, pues preguntaré ahí.

—Es que eso fué hace mucho, y ya no se acordarán.

—Entonces ¿dónde he de informarme de usted?

—Pues quiere decir que usted podía probar, y si yo daba gusto.

—Cá, nó. Yo necesito saber primero á quién meto en mi casa.

—Señora, lo que es eso, bien conocida soy en todas partes. Puede usted preguntar en la *Rosita* á ver quién es la Petra, y en fin, en todas partes, que lo que es por eso, pobre soy, pero nadie podrá decir que Petra Gutiérrez no es lo que parece, que de ninguna casa he salido por nada malo. Pues mire usted que si vamos á honradez, hija de Pedro Gutiérrez soy, para lo que usted mande, y, aunque no sepa mucho, en todas partes he sido muy estimada, porque yo.

—Bueno, bueno, quedo enterada.

—Pues usted lo pase bien...

—Abur... (muy soldadesca me parecees tú para cosa buena.)

\*\*\*

—Deo gratias.

—Buenos días, pase usted.

—Con permiso... ¿Cómo está usted?

—Bien ¿y usted?

—Bien, para servir á usted. El señor gestá bueno?

—Sin novedad, muchas gracias.

—Me alegro tanto... He oido que deseaba usted una sirvienta, y vengo de parte de doña Romualda...

—¿Doña Romualda?... No recuerdo...

—Sí, señora, la segunda tesorera de la *Asociación Benéfica*.

—Ah, vamos, sí, la Romualda.—Como decía usted Doña!... Está bien. Pero le advierto á usted que aquí hay mucho que hacer: es una casa muy grande y hay mucha cera, y usted me parece que no ha de ser muy fuerte... ¿Sabe usted brochar?

—No, señora: me lo han prohibido los médicos desde que tuve la fiebre.

—Ya ve usted. Luego lo que hay que fregar...

—Para eso tampoco sirvo, porque la humedad me mata...

—Pues entonces... Usted tampoco plancha, según me han dicho?... De modo que no sé para qué puede servir.

—Yo, señora, con una hora que me dejen libre por la mañana para oír misa, y dos por la tarde para mis devociones particulares, ya quedo libre todo el día para hacer compañía á la señorita, ó ver quién llama á la puerta. Además, los días que la señorita no pueda ir á la Conferencia, yo iría por ella.

—Hija, pues nó diga usted que viene á servir, sinó á vivir en una fonda... Nada, nada, dígame usted á doña Romualda que ya sabe lo que es mi casa, y que para mandarme *plepas*, no la necesito, que bastantes vienen á la puerta. Conque... ya hemos hablado bastante.

—La paz de Diós sea en esta casa.

\*\*\*

—Me ha dicho ese pingo de doncella que usted tiene, que aquí hacía falta cocinera. Y vengo á ofrecerme.

—Pero usted ya es muy anciana para servir...

—Mire usted, señora, cada uno tiene los años que le dá la gana.

—Si nó es los hecho á usted en cara, mujer!

—Es que ustedes las señoras creen que tratan con animales cuando hablan con las criadas, y á mi no me torea ni usted ni veinte como usted.

—Mujer, por Dios...  
 —Vaya, no tengo ganas de conversación.  
 —Lo que es por el genio es usted recomendable de veras!  
 —Si señora, lo confieso. Tengo muy mal genio; pero cada uno es como Dios le ha hecho.  
 —Tiene usted razón... Y ¿dónde ha estado usted?  
 —Señora!—á mi no se me pregunta dónde he estado! No parece sino que soy una chiquilla de esas *zarrapastras* que andan ofreciéndose por las puertas. Debía usted saber que serví veinte años en casa del Sr. Pombo.  
 —Y por qué salió usted?  
 —Porque un día dejé por muerta á una niñera de un golpe que la di... Porque eso sí; con esos pingos nunca he podido... Luego he estado muchos años donde Dóriga, pero también tuve un disgusto con la doncella, y, por no matarla, me salí; si me la dejan, me pierdo...  
 —Y qué soldada gana usted?  
 —¿Cómo qué soldada? Eso no se pregunta. ¡No sé si vá usted también á ajustarme! Yo he ganado siempre cinco duros.  
 —¡Ay! no, hija; con ese genio no me atrevo á tomarla á usted, la verdad.  
 —Nó! hace usted muy bien. Porque para que un día nos tiráramos toda la espetera á la cabeza... Conque, hasta la vista.  
 —Vaya usted con Dios.—(Ay, hija ¡qué mujer! Creí que me pegaba...)

M.

MADRID.

5 de Febrero.

No importa mucho una traducción más cuando apenas pasa semana sin que tengamos que lamentar alguna: ¿á qué, pues, volver á repetir de nuevo lo de la decadencia del arte nacional y todas las demás zandajas de costumbre?

No oficiemos de Zoilos, siquiera por no hacer la competencia á Cañete, que no tiene otro oficio, y que de algún modo se ha de ganar la vida el pobre.

Tomemos las traducciones como nos las dan, que generalmente es en un castellano deplorable, y al que se llama castellano por darle algún nombre, y hablemos de *Los Rantzau*, comedia estrenada anoche en el teatro de la Princesa, como si realmente la hubiéramos entendido desde el principio al fin.

¿Quién de ustedes no conocerá á *Roméo y Julieta* del inmortal dramaturgo inglés? Pues ahí tienen ustedes al padre de *Los Rantzau*... Solo que esta vez, en lugar de ese tío Paco, de quién tanto se habla y á quién no tengo el honor de conocer, ha venido Erkman-Chatrrian con la rebaja.

El *Roméo* y la *Julieta* de este siglo son dos alsacianos y *burgueses*, que después de muchas vueltas y revueltas, acaban en la Vicaría.

Hay quién asegura que no es este el fin menos trágico.

El argumento, sencillísimo por demás, puede contarse en cuatro palabras. Dos hermanos que, por cuestión de ochavos, se odian á muerte, y que se pasan la vida—treinta años—haciéndose todo el mal que pueden. El mayor tiene una hija, el menor un hijo... y ya saben ustedes lo demás, y si no lo saben lo suponen. Los chicos se enamoran, obligan á los padres á reconciliarse y, por fin, se casan, después de un discurso de Sanchez de León—*Roméo*—que ya le quisieran muchos futuros diputados para la primera ocasión que se les presente.

Tiene la obra, como casi todas las de estos autores, un no sé qué de honradez y sinceridad que enamora y la hace muy simpática; pero no por esto puede decirse que es una buena comedia, ni mucho menos.

El segundo acto es el mejor. Cuando Juan Rantzau comprende que su hija está enamorada de su primo hay una escena magistral, que representaron á maravilla Elisa Mendoza Tenorio y Miguel Cepillo. El éxito fué grande.

Pero el tercer acto decae mucho. Tiene un defecto gravísimo que no es más que una reproducción del anterior. Lo que pasaba entre Juan Rantzau y su hija, pasa ahora entre Santiago Rantzau y su hijo: lo que dijo antes el uno lo repite luego el otro; con la diferencia, en perjuicio de este acto, de que antes lo dijeron mejores actores y parecía mejor.

Resulta que el padre de los Rantzau mejoró en su testamento á Juan, y yo, después de haber conocido á los dos hermanos, creo que tuvo mucha razón, y que no se debió contentar con eso, sino que debió haber desheredado por completo á Santiago. Un hombre como aquel merecía cualquier castigo, por grande que fuese. Y mire V. lo que es la justicia humana: nos castigó él á nosotros—¡inocentes!—obligándonos á verle y á oírle.

La obra, como sucede en cuantas dirige Mario, está ensayada con una pulcritud y un lujo de pormenores que encanta y distrae no poco. La decoración del tercer acto, representando una calle, es muy bonita.

No falta allí nada que dé color al cuadro: la vaquita, el toque de oraciones, la fuente con agua de veras; los faroles encendidos con pajuelas de azufre; en fin ¿cómo ha de decirse? nada.

A mí me gustan mucho estos detalles, y los encuentro muy bien; pero me parece que D. Emilio piensa demasiado en ellos, descuidando otras cosas más importantes. Den ustedes todo el valor que quieran á una fuente natural con su fila de mujeres esperando rez, como sucedía antes en Becedo; pero convengan conmigo en que es preferible á eso que los actores acierten á decir sus papeles sin que el público se les ría á la cara.

Se presentó en el tercer acto de *Los Rantzau* un médico, muy bien vestido, y con su esclavina y todo, que no tenía que decir más que estas palabras: «Es Vd. un hombre de bien». No comprenderán Vds. cómo se puede arreglar un hombre para decir mal frase tan sencilla; pues, amigos míos, por difícil que la cosa parezca, el médico en cuestión, venció la dificultad y consiguió que el público le *meneara*.

De suerte que se puede dar cuenta del estreno de *Los Rantzau* con una sola frase. ¡Regular!

Ya quisieran que se pudiera decir otro tanto de sus respectivas obras los autores de *Dulce y sabrosa*, comedia estrenada el miércoles en el teatro de la calle del Príncipe, y de *El único remedio*, drama representado anoche en el Español.

Pero no confundamos en un anatema común á estos dos autores desgraciados, pero de tan distintas condiciones entre sí. Sánchez Pastor tiene talento, si señor, tiene talento, y el otro... en fin, repito que Sánchez Pastor tiene talento.

*Dulce y sabrosa* es una comedia sin asunto, es decir, algo como el bistec sin carne de que hablaba Eduardo Izza; pero se ven en ella rasgos de ingenio y chistes felicísimos que denuncian á un escritor que, cuando se detenga á pensar sus comedias, ha de ser seguramente muy aplaudido. Verdad es que como el subsecretario de gobernación ha venido al teatro después de muchos años de periodismo, es decir, un poco tarde en su concepto, así que le aplaudieron la primera obra, un juguete muy gracioso estrenado en Lara, se dió á escribir de tal manera que no parecía sino que quería desquitarse de lo que él juzgaba tiempo perdido. En menos de un año ha dado á la escena una infinidad de actos, y ya sabemos que no se puede ser tan fecundo impunemente. Ni Lope lo era.

Se ve que *Dulce y sabrosa* es una comedia escrita á vuelapluma, en quince días ó un mes, y naturalmente ¡así ha salido ella!

Seguro estoy de que Sánchez Pastor aprovechará la lección, y que las próximas elecciones las preparará con más detenimiento y calma que la última comedia.

Respecto á *El único remedio* conste que es un drama por todo lo alto, con sus versos rimbombantes y su castastrofo y su adultério, aunque no consumado.

Y decía un espectador al salir del teatro: ¡Lo que me he divertido! Hacía mucho tiempo que no me reía tanto.

¿Qué mejor crítica?  
 ¡Ah! ¿Que esos dramas no debían representarse en el teatro Español, ni por broma? Convenido.

S. de Trasmiera.

VENENOS Y ANTÍDOTOS.

CONTRA AVARICIA, LARGUEZA.

Los instintos no se regulan por la ley de la razón.

Son unos impulsos cuyo génesis se escapa á las disquisiciones de la ciencia como todas las concepciones.

De otro modo nadie podría explicar la inclinación del avariento.

Es verdad que como dice el refrán: El avariento no tiene el tesoro tiene el entendimiento.

Y falta de entendimiento es necesaria para guardar como un tesoro, escondido en la oscuridad y fuera del alcance de extraños ojos, lo que sin someterlo al cambio no tiene valor alguno.

Por eso decía Boileau, profundamente admirado al meditar sobre pasión tan mezquina: «Sin exageración, la Avaricia es una fiebre inexplicable.

Allá va en francés por si lo he traducido mal: «Sans mentir, l' Avarice est une étrange rage.»

¿Y cuáles son sus consecuencias? El sobresalto, la avidez constante que no deja dar al espíritu, la envidia de los bienes ajenos, el empleo de las malas artes para conseguirlos, la pérdida de todos los deseos por el apetito del oro, el no comer, el no dormir, la demeración y la muerte en vida.

Que ni el aire basta para nutrir el cuerpo, ni el oro para satisfacer al corazón como decía San Bernardo.

Pero váyale V. con estas reflexiones al avaro; en quién tan ciego es el instinto que no le ha sugerido la idea de que al morir ha de abandonar su tesoro, para que vaya á manos pródigas que le lancen á los cuatro vientos.

Y dígame V. cuán dulce satisfacción puede encontrar en socorrer la desgracia y á cambio de una pequeña suma, comparada con su riqueza, enjugar las lágrimas del menesteroso.

Le mirará á V. con ojos asombrados, con esos ojos abiertos de par en par, cuya inmovilidad sin brillo revela la falta de comprensión.

El avaro, para estos casos, no tiene oídos; los pabellones auriculares no son más que oreja, como el rey Midas su congénere.

Bueno es hacer constar, para que no quepa duda, que el rey Midas tenía las orejas de asno.

Mercido gaje de que le hizo Apolo gracia, porque en el certámen entre este y el dios Pan sobre su habilidad en la música, se dejó decir que debía haberse adjudicado la victoria al segundo.

¡Y cuanto daría él por qué se le concediese la facultad que, por haber acogido al viejo Sileno, otorgó Baco al famoso rey de la Frigia! Pero, se entiende, sin que un hospedaje igual hubiera de costarle un cuarto.

Indudablemente, ¿qué mayor dicha que poder convertir en oro cuanto esté al alcance de la mano?

Incomprensible encuentra él el arrepentimiento de Midas que pidió verse libre de aquella facultad que le privaba de todo alimento; porque él se creería capaz de hincar el diente á los pedazos de pan convertidos en masas de oro, y de deglutir el líquido metálico en que se convertía el vino, apenas Midas llevaba la copa á sus lábios.

En su adoración por el amarillento metal, á cuyo influjo se colora su tez de igual manera, vuelve los ojos con fruición á la época remota en que Aarón, en un momento de debilidad, fundió el becerro de oro que idolatraron los Israelitas al pié del monte Sinaí.

Igual tostada hubiese jugado él á Moisés con tal de acaparar el oro que sirvió para la escultura, que á sus ojos era digna del culto de latría; aunque tal vez no se hubiera entretenido en fundirle, por si perdía algo de su peso específico.

Hasta ahí llega la sed que abraza el corazón del avaro: para él no hay amigos, ni parientes, ni prójimos siquiera; la humanidad entera vale mucho menos que una onza de oro.

¡Ay! que en sí mismo lleva su castigo.

El afán de atesorar no se sácia nunca; cuanto más tiene más quiere; cuanto más posee, mayores son los desvelos; la vigilancia de su tesoro embarga su vida: no quiere perder tiempo en comer y sobre todo no quiere gastar horas en dormir, porque el sueño le aparta de la vista de su ídolo.

¡Pecado capital! es decir, cabeza de otros mil pecados, del que no es dueño sino víctima.

¡Cuán beneficiosa es su antítesis! La liberalidad pone en manos del que la practica el bálsamo consolador del penar del indigente.

¡Cuántos crímenes evita una mano generosa que aplaca el hambre que enloquece al miserable!

No puede ponerse en duda; si los avaros, ya que echan tantas cuentas para con los demás, se echasen algunas para consigo mismos, dejarían de serlo, sin dejar por eso de ser ricos.

La riqueza no es un pecado, como Pelagio el herético afirmaba; falsa idea que San Agustín refutó victoriosamente.

El pecado está en el mal uso que de ella se haga.

Y el mayor pecado es no hacer uso alguno de ella.

Para esto halla la Avaricia multiplicados expedientes, y penetrado de esta verdad decía un escritor antiguo al describirla: La Avaricia con el semblante lívido y descompuesto, va á sentarse presurosa sobre su férreo cofre, solo seguro de sí misma; y para no abrirle encuentra siempre gran copia de razones.

Sin embargo, ser avaro no es ser rico.

Riqueza quiere decir abundancia, posesión de muchas cosas y aprovechamiento de ellas.

El que no tiene más que una y á ella se le mita no es rico.

Para serlo, ó es necesario proporcionarse la satisfacción de los deseos decorosos del cuerpo y del alma y reducir sus aspiraciones, ó como medio más seguro, no dar valor á las cosas terrenales.

Por eso San Crisóstomo decía: Los que desprecian las riquezas son los verdaderos ricos.

TADEO NOE LUFF.

LO DEL CÍRCULO.

—¿Dá V. su permiso?

—Adelante, señor pacotillero, ¿Cómo va ese valor?

—De pacotilla, señora, de pacotilla: no somos nada.

—Pues ¿qué le ha pasado á V.?

—Que como está uno tan poco acostumbrado á esas impresiones, al menos á mí, me dejan rendido para tres días.

—Ah! ¿se refiere V. al baile de anoche?

—Precisamente.

—He oído que estuvo muy bien.

—Punto menos que inmejorable.

—Cuenta, cuenta V.

—Pues nada. V. ya sabe el buen aspecto de los salones del Círculo en noche de baile.

—Sí; están muy bonitos realmente.

—Bueno. Pues ahora figúrese V., para completar el cuadro, á la mayor parte de nuestras mujeres guapas, es decir, de nuestras mujeres: á Lola Estrada, vestida de blanco y

Con esos pelitos rubios

Que lleva sobre la frente,

y que según reza la copla popular

Son campanillitas de oro

que ván llamando á la gente.

—Hombre, no sea V. cursil!

—¡Que no sea ella guapa!... A las Madrazos luego, con tanta ánsia esperadas á cada anuncio de baile, y que al fin parecieron anoche... ¡Y qué parecer!...

—Adelante.

—Bien, que conste que son muy muy bonitas.

—Hombre ¿de veras?

—Que triunfe Ruiz Zorrilla si es mentira.

—Y ¿quienes más estaban?

—Las dos Iglesias, capaces de convertir á todos los heterodoxos de que habla mi hermano... ¿Usted ha leído los *Heterodoxos*?

—No señor.

—Ni yo tampoco; estamos iguales... Y á propósito, las que no estaban son las de Igual... ni las Truebas tampoco.

—Hombre, hable V. primero de las que estaban.

—Tiene V. razón: prosigo. María Vial que, como V. sabe...

—Sí, preciosa. Continúe V.

—Eulogia Dosal, nueva en este teatro,

admirable de cara y de traje, y de cuerpo...

—Si sigue V. adjetivando, me voy á quedar sin saber de la mitad.

—Pero si no sé nombrarlas de otro modo... En fin, ya las conoce V.: tome V. la cartera.

—Veamos... «Día 15.—Pagar los cinco duros á D...»

—¡Eh! que no es ahí.

—Ah, vamos, aquí están. «María Cabrero,

Berta Saint-Martin, Amelia Vial, Petronila

Campo, Carmen Hoyo, María Zumelzu...

Sras. y Stas. de Vial, Cabrero, Bustamante,

Casafont, Wylde, Henley, Obregón, Bengoa,

Gandarillas, Jimenez, Crespo Estrada, Es-

trada, Polanco, Movellán...»

—No la respondo á V. de que no hubiera

más, porque al llegar ahí, me llamaron para

ayudar á llevarlas á la Biblioteca...

—¿A la Biblioteca?

—Al comedor, que diga. Allí les dimos

dulces, helados, en fin, lo de rigor... La se-

gunda parte estvno más animada que la pri-

mera: con todo esto de servirlos... y servir-

nos luego, parece que se adquiere más con-

fianza, nace cierta expansión...

—Pues lo que debe hacer la Junta otro día

es empezar por la segunda parte.

—Mire usted, no se me había ocurrido.

Está muy bien pensado, porque la verdad

es que á última hora estaba aquello delicio-

so. En el comedor empezaron á formarse

pandillas, en alguna de las cuales hubo su

poco de Champagne...

—Hola, hola.

—¡Ay!... que me encargaron que no lo di-

jera!

—Y ¿de hombres?

—Muy pocos. De lo cual resultaba que,

como no somos divisibles, siempre se queda-

ban algunas sin bailar.

—Eso está muy feo.

—Pues á esos señores con el cuento... Y hasta la vista, que me voy á EL ATLÁNTICO á hacer la revista.

—Ah! tiene usted, si yo hubiera sido EL ATLÁNTICO ya había usted salido del paso.

—Algo tiene usted de eso, porque es usted la mar... de guapa.  
 —¡Embustero!

—Estoy á los piés de usted.

M.

DESPERDICIOS.

El gobierno español ha condecorado al Cardenal Jacobini por sus gestiones en el asunto de las Carolinas... ¿á qué no saben ustedes con qué?.. Pues con la gran cruz del mérito naval.

De modo que ya podrá S. E. navegar des-cuidado por las salas del Vaticano, é intervenir en todos los conflictos de mar y tierra sin miedo de perder la brújula.

Ahora lo que hace falta es que se condecore con una mitra al primer almirante á quién haya que premiar por méritos de guerra.

¡Ah! y con medallas de la campaña de Cuba á las hermanas de la Caridad que tanto se distinguieron en la última epidemia...

En la epidemia del cólera, no en esas otras de condecoraciones.

Pero al Cardenal Jacobini le vá á ocurrir una duda con esa condecoración tan *adecuada*. Es decir, al Cardenal puede que no, pero lo que es á sus nietos si que les ocurrirá, porque dirán ellos:—Parece que nuestro abuelito fué también general de marina.

¡Ay!, es verdad que los cardenales no son susceptibles de tener nietos... á no ser que antes hayan sido de marina.

Lo cual que no sería extraño, porque de la mar se sacan muchos cardenales... y costillas rotas.

La magistratura francesa se vé y se desea para perseguir á los difamadores que han dado en la flor de disparar sus calumnias, usando de las targetas postales como medio mejor de publicidad.

Por de pronto lo que se ha hecho es declarar delito la remisión de esas tarjetas. Y es de suponer que la criminalidad en esa materia haya aumentado considerablemente con las que de seguro habrán recibido los autores de la declaración.

Lo cual en todo caso, vendría en apoyo de la declaración misma.

Acaba de morir repentinamente en Dagota un individuo llamado Mac-Cabe, que ha pasado su vida en casarse y en envenenar á sus mujeres.

Pues señor... no hay duda que era agradable la ocupación. Hasta ahora no había sido dado gozar á ningún mortal más que dos días felices: el de la boda y el del entierro de su señora. Pero el *mister* eu cuestión ha dado con la fórmula para multiplicar sus días felices hasta lo infinito.

¡El demonio son estos ingleses para eso de invenciones y descubrimientos! Y el que este usaba no dejaba, por cierto, de ser sencillo: una tacita de té, dentro unos polvitos de arsénico y... vamos á otra *lady*. Y así sucesivamente hasta la quinta.

Pero la quinta, por virtud de un quiebro digno de nuestro Lagartijo, logró huir el bulto con astucia y hacer tragar á este novísimo Barba-Azul la pócima por él mismo preparada. El marido reventó como una granada y se supone que no volverá á casarse... al menos en este mundo.

Está visto: ese señor Conde de Xiquena está siendo la más terrible rémora para el progreso de nuestras más eminentemente nacionales industrias. Le ha dado por no dejar agujero abierto por donde puedan respirar nuestros más distinguidos caballeros de idem... es decir, de industria. Apenas llegó á su noticia, uno de estos días, que en la Administración de la Corte se sustraían por alguno cartas que contenían valores, se puso sobre la pista y dió con el gazapo y con la gazapera, donde además de otras baratijas, se encontraron las siguientes: varios abanicos de Cuba, licencias de servicio falsas, cuentas de compras de armas, ropas de soldados... etc. etc. etc.

¡Pero hombre, por Dios!.. Y luego querrán ustedes que las clases *trabajadoras* permanezcan sosegadas, cuando la misma autoridad parece empeñada en privarlas del sosiego.

Porque después de todo, más dignos de castigo parecen los que remiten valores por el correo, cometiendo el delito de imprudencia temeraria, además de ser motivo de tentación para las personas pobres... pero *ladronas*.